

MENEXENES.

ARGUMENTO.

Hé aquí, entre dos diálogos de algunas líneas, un discurso de algunas páginas. Este discurso es una oración fúnebre por los ciudadanos muertos en los combates. Comprende dos partes de desigual extensión. La primera, que es la más larga, es un elogio; la segunda una exhortación.

El elogio es completo. El suelo mismo de la Ática, donde, como los árboles, la cebada y el trigo, han nacido los hombres que la habitan; el Estado que no admite diferentes órdenes de ciudadanos, y que, ya se trate de cargos públicos, ya de honores, no da la preferencia al más rico, sino al más virtuoso; la guerra, en fin, la guerra sobre todo, emprendida siempre para la defensa de la libertad contra los bárbaros cuando invadieron la Grecia, y contra los griegos mismos cuando quisieron oprimir á sus hermanos, todo es aquí alabado y glorificado. La historia de las luchas de la república es la historia de un largo, infatigable y cariñoso culto á la nación griega, iba á decir á la humanidad; y si Atenas no ha sido siempre victoriosa, ha merecido serlo.

La exhortación se dirige á los hijos de los que han sucumbido en la última guerra, á sus padres, á sus madres y á sus abuelos. Que los hijos aprendan de estos ilustres muertos que vale cien veces más morir con honor, que morir en la deshonra, y que su constante ambición sea añadir gloria á la gloria que se les ha legado, porque engalanarse con la virtud ajena y no con la suya pro-

pia, es una cobardía. Que los padres, las madres y los abuelos no se entreguen al sentimiento y á las lágrimas; sus hijos han muerto como bravos, y su memoria no perecerá jamás. La república les prestará el apoyo que han perdido. Ya saben que la república educa á los hijos que no tienen padre, y alimenta á los padres que no tienen ya hijos.

Algunas frases cambiadas al principio y al fin entre Sócrates y Menexenes, parecen marcar el objeto de esta oracion fúnebre.

Ó yo me engaño mucho, ó este objeto no es muy formal. Menexenes declara á Sócrates que viene del Senado, y que, debiéndose designar el orador que habrá de pronunciar el elogio de los guerreros muertos en el campo de batalla, habia sido aplazada la eleccion. Y como manifestara grande interés por esta clase de discursos, Sócrates, como en tono de zumba, le dice: ¿tan difícil es alabar á los atenienses delante de los atenienses? Y Menexenes reta á Sócrates, y este pronuncia una oracion fúnebre, que finge haber aprendido de Aspasia, que la habia compuesto.

Tentado me sentiria á no ver en el *Menexenes* otra cosa que un juego del espíritu, ó más bien, si puede decirse así, un juego de elocuencia. Nada indica la intencion de dar en un ejemplo una leccion de retórica; pero tampoco me atrevo á echarme á adivinarlo. Si la exhortacion es muy bella, la primera parte es incontestablemente muy inferior. En esta los atenienses son alabados por sus hechos, cosa excelente, pero los hechos son extrañamente desnaturalizados. Toda esta historia de las guerras de los atenienses contra los demás pueblos griegos es una fábula, y todo este elogio una adulacion.

¿Pero Platon ha podido burlarse así, adulando de esta manera? Quizá. Nada tendria esto de inverosímil, si el *Menexenes* correspondiera á sus primeros ensayos. Des-

graciadamente es posterior á la muerte de Sócrates, por consiguiente á la composicion del *Fedro*. Obvervad que si el *Menexenes* es una critica, la dificultad es más grande aún, porque es una crítica bien débil, cotejada con la del *Fedro*.

Si he de hablar claramente, salva la cita de Aristóteles, no dudaria en negar la autenticidad de *Menexenes*. ¿Es Sócrates, es Platon, el que ha podido hacer sinceramente el elogio de Atenas? ¿Y qué decís de estos pasajes que parecen copiados del tercer libro de las *Leyes*? ¿Además qué significan otros tantos motivos de duda suscitados por la crítica alemana?

Si tengo en cuenta á Aristóteles, digo con Cousin: sí, Platon es el autor del *Menexenes*. Si leo el diálogo, digo con otros: no, Platon no es el autor del *Menexenes*; y si comparo estas dos autoridades, repito las palabras de Pirron: yo no decido nada.

MENEXENES

ó

LA ORACION FÚNEBRE.

SÓCRATES.—MENEXENES.

SÓCRATES.

¿Vienes, Menexenes, de la plaza pública ó de algun otro punto?

MENEXENES.

De la plaza pública, Sócrates; en este momento he dejado el Senado.

SÓCRATES.

¡Ah! ¿pero qué ibas á buscar al Senado? Ya comprendo. Crees que no tienes más que aprender y que saber, y, confiando en tus fuerzas, te supones capaz de aplicarlas á los negocios más graves. Quieres gobernarnos, admirable jóven, cuando te ves en la flor de la edad y ya ancianos nosotros, á fin de que vuestra casa no cese de suministrar á la república administradores.

MENEXENES.

Si me permites gobernar, Sócrates, y si me animas, entraré con resolucion en la carrera política; de otro modo nó. Hoy fuí al Senado, porque sabia que los senadores debian elegir al orador que se encargara de hacer el elogio de los guerreros muertos en los combates, porque ya sabes que se van á celebrar sus funerales.

SÓCRATES.

Es cierto. ¿Y á quien eligieron?

MENEXENES.

A nadie; la eleccion quedó aplazada para mañana. Creo, sin embargo, que recaerá en Arquino ó en Dion.

SÓCRATES.

Seguramente, Menexenes, son numerosas las razones que demuestran cuán glorioso es morir en la guerra. Es una cosa infalible, para los que están en este caso, el tener brillantes y magníficos funerales, por pobres que sean cuando sucumbieron, y el obtener elogios por poco que lo merezcan. ¿Y quiénes son sus panegiristas? Hombres hábiles, que no se precipitan para tributar elogios, sino que preparan muy de antemano sus discursos y se explican en términos tan pomposos, que, proclamando cualidades que se tienen y que no se tienen, y ponderando y embelleciendo las acciones con las palabras, encantan nuestras almas por la destreza con que celebran de mil maneras á la república, á los que mueren en la guerra, á nuestros antepasados y á los que ahora vivimos. Esta es la razon, mi querido Menexenes, porque no puedo ménos de enorgullecerme hasta el extremo, cuando me veo colmado de elogios, y cada vez que les oigo alabar mi mérito, me persuado, por lo ménos en aquel momento, que soy más grande, más noble y más virtuoso que lo que soy realmente. Sucede muchas veces que me acompañan extranjeros, y oyen conmigo estos discursos; por el momento yo les parezco infinitamente más respetable, é impresionados como yo, tanto respecto á mí mismo, como respecto á la república, lo encuentran todo más admirable que ántes; tan mágica es la influencia del orador sobre ellos. Respecto á mí, esta alta idea de mí persona me dura por lo ménos tres dias. El discurso, el ruido cadencioso de los períodos, llenan tanto mis oidos, que apenas al cuarto ó quinto dia vuelvo en mí y llego á saber dónde

me hallo, pues es tal la habilidad de nuestros oradores, que hasta que llega este desengaño no estoy seguro si habito las islas Afortunadas.

MENEXENES.

Tú, Sócrates, siempre te burlas de nuestros oradores. Hoy, sin embargo, el que sea elegido no tendrá grande desahogo. Recayendo la eleccion repentinamente y sin estar apercebido, ¿quién sabe si no tendrá que correr los azares de una improvisacion?

SÓCRATES.

¿Y qué importa? mi querido amigo. Estas gentes tienen siempre discursos preparados de antemano, y además no es cosa tan difícil improvisar en tales condiciones. ¡Ah! si fuera preciso hacer el elogio de los atenienses ante los habitantes del Peloponeso, ó de los habitantes del Peloponeso ante los atenienses, se necesitaria ser un gran orador para hacerse oír y aprobar; pero cuando se habla delante de los mismos que hay que alabar, en verdad no creo que sea asunto difícil pronunciar un panegírico.

MENEXENES.

¿No lo crees? Sócrates.

SÓCRATES.

No, ¡por Júpiter!

MENEXENES.

¿Te creerias capaz de dirigir tú mismo la palabra si fuere preciso, y si el Senado te hubiere escogido para ello?

SÓCRATES.

Me sorprende, mi querido Menexenes, que me digas si soy capaz, cuando he aprendido la retórica bajo la direccion de una de las profesoras más hábiles, que ha formado un gran número de oradores excelentes, sobre todo uno que no tiene rival entre los griegos, que es Pericles, hijo de Jantipo.

MENEXENES.

¿Quién es? Aunque sin dudar, será Aspasia (1) la que quieres decir.

SÓCRATES.

En efecto; y tambien Connos, hijo de Metrobo. Hé aquí mis dos maestros, este en la música y Aspasia en la retórica. No es una cosa extraordinaria que un hombre formado de esta manera sobresalga en el arte de la palabra. Pero cualquiera otro, que no hubiera recibido tan buena enseñanza como yo, áun cuando hubiera tenido por maestros á Lampro para la música, y á Antifon de Ramnusa (2), seria perfectamente capaz, alabando á los atenienses delante de los atenienses, de merecer su aprobacion.

MENEXENES.

Y si tuvieras que hablar ¿qué dirias?

SÓCRATES.

De mi propio caudal quizá nada. Pero Aspasia, sin ir más léjos, pronunció ayer delante de mí un elogio fúnebre de estos mismos guerreros. Sabia lo que acabas de anunciarme: que los atenienses debian elegir un orador. Y entónces para darnos un ejemplo de lo que deberia decirse, tan pronto improvisaba, tan pronto recitaba de memoria pasajes que acomodaba al objeto, tomándolos del elogio fúnebre que pronunció Pericles, y cuya produccion tengo por suya.

MENEXENES.

¿Y podrias recordar las palabras de Aspasia?

SÓCRATES.

Pobre de mí, si no las recordara. Las aprendí de ella

(1) La más célebre entre las mujeres célebres de la Grecia; originaria de Mileto, hija de Axioco. Se la llamaba algunas veces *Ἥρα*, como se llamaba á Pericles *Ἰολόμπιος*; muy versada en la retórica y en la política que parece haber enseñado á Pericles y á Sócrates.

(2) Véase el elogio que de éste hace Tucídides, VIII, 68.

misma, y poco faltó para que me pegara por mi falta de memoria.

MENEXENES.

¿Quién te impide repetírnosla?

SÓCRATES.

El temor de ofender á la profesora, si supiese que yo habia recitado su discurso en público.

MENEXENES.

No hay ningun peligro, Sócrates; habla y me harás un gran favor, sea el discurso de Aspasia ó de cualquiera otro. Habla, pues; te lo suplico.

SÓCRATES.

Pero quizá vas á burlarte de mí, viéndome, viejo como soy, entregarme á ejercicios propios de un jóven.

MENEXENES.

De ninguna manera, Sócrates. Habla sin temor.

SÓCRATES.

Pues bien, es preciso darte gusto. Si me pidieses que me despojara de mis vestidos y me pusiera á bailar, no estaria distante de satisfacer tu deseo, estando los dos solos. Escucha, pues. En su discurso, si no me engaño, comenzó hablando de los mismos muertos de la manera siguiente:

Han recibido los últimos honores (1), y héles aquí en la via fatal, acompañados de sus conciudadanos y de sus parientes. Sólo falta una tarea que llenar, que es la del orador encargado por la ley de honrar su memoria. Porque es la elocuencia la que ilustra y salva del olvido las buenas acciones y á los que las ejecutan. Aquí hace falta un discurso que alabe dignamente á los muertos, que sirva de exhortacion benévola á los vivos, que excite á los hijos y hermanos de los que ya no existen á imitar sus virtudes, y que consuele á sus padres y á sus madres,

(1) Véase la descripcion que de esta ceremonia hace Tucídides. II, 34, trad. Gail.

así como á los abuelos que aún vivan. ¿Y qué discurso será propio para el objeto? ¿Cómo daremos principio al elogio de estos hombres generosos, cuya virtud era durante su vida la delicia de sus padres, y que han despreciado la muerte para salvarnos? Es preciso alabarles, á mi parecer, observando el mismo orden que la naturaleza ha seguido para elevarlos al punto de virtud á que han llegado. Fueron virtuosos, porque nacieron de padres virtuosos. Alabaremos desde luego la nobleza de su origen, despues su educacion y las instituciones que les han formado, y expondremos, por último, cuán dignos se han hecho de su educacion y de su nacimiento por su buena conducta. La primer regalía de su nacimiento es el no ser extranjeros. La suerte no les ha arrojado á una tierra extraña. No, ellos son hijos del país; habitan y viven en su verdadera patria; son alimentados por la tierra donde moran, no como madrastra, como sucede en otros países, sino con los cuidados de una madre. Y ahora que ya no existen, descansan en el seno de esta tierra misma que les engendró, que les recibió en sus brazos al salir al mundo, y que los alimentó durante su vida. A esta madre es á la que debemos rendir nuestros primeros homenajes, y esto equivaldrá á alabar el noble origen de estos guerréros.

Este país merece los elogios, no sólo nuestros, sino de todo el mundo por muchas causas, y sobre todo por ser querido del cielo; testigos la querella y el juicio de los dioses (1) que se disputaban su posesion. Viéndose honrado por los dioses ¿cómo se le ha de negar el derecho á serlo por todos los hombres? Recordemos, que cuando la tierra entera no producía más que animales salvajes, carnívoros ó hervívoros, nuestro país se mantuvo libre de semejante produccion, sin que en él nacieran animales feroces. Nues-

(1) Herodoto. VIII, 55.

tro país no escogió, ni engendró, entre todos los animales más que al hombre, que por su inteligencia domina sobre los demás séres, y es el único que conoce la justicia y las leyes. Una prueba patente de que esta tierra ha producido los abuelos de estos guerreros y los nuestros, es, que todo sér, dotado de la facultad de producir, lleva consigo los medios necesarios para aquello que produce; así es como la verdadera madre se distingue de la que finge serlo, faltando á ésta el saco nutridor para el recién nacido. Nuestra tierra, que es nuestra madre, ofrece la misma prueba incontestable. Ella ha dado el sér á los hombres que la habitan, puesto que es la única y la primera, que en esos remotos tiempos, ha producido un alimento humano, la cebada y el trigo, que es el nutrimento más sano y más agradable á la especie humana, y señal cierta de que el hombre ha salido de su seno. Y estas pruebas tienen mejor aplicacion á una tierra que á una madre, porque la tierra no imita á la mujer para concebir y para engendrar, sino que la mujer imita á la tierra. Léjos de ser avara de los frutos que produce, nuestra patria los comunica á los demás pueblos, y reserva á sus hijos el olivo, este sosten de las fuerzas agotadas. Despues de haberles nutrido y fortificado hasta la adolescencia, recurrió á los dioses mismos para gobernarles é instruirles. Inútil seria repetir aquí sus nombres; conocemos los dioses que han protegido nuestra vida, enseñándonos las artes necesarias para satisfacer las necesidades diarias, y enseñándonos á fabricar armas, y á servirnos de ellas para la defensa del país.

Nacidos y educados de esta manera los progenitores de estos guerreros, fundaron un Estado, del que conviene decir algunas palabras. El Estado es el que forma los hombres buenos ó malos, segun que él es malo ó bueno. Es preciso probar que nuestros padres fueron educados en un Estado magnífico que les ha hecho virtuosos, así

como á los que hoy viven, con quienes formaban parte los que han fallecido. El gobierno era en otro tiempo el mismo que al presente, una aristocracia; tal es la forma política bajo la que vivimos y hemos vivido siempre. Los unos la llaman democracia; otros de otra manera, segun el gusto de cada uno, pero realmente es una aristocracia bajo el consentimiento del pueblo. Nosotros jamás hemos cesado de tener reyes, ya por derecho de sucesion, ya por el derecho que dan los votos. En general es el pueblo el que posee la autoridad soberana, confiere los cargos y el poder á los que cree ser los mejores; la debilidad, la indigencia, un nacimiento oscuro, no son, como en otros Estados, motivos de exclusion, así como las cualidades contrarias no son motivos de preferencia; el único principio recibido es, que el que parece ser hábil ó virtuoso sea quien sobresalga y mande. Debemos este gobierno á la igualdad de nuestro origen. Los otros países se componen de hombres de otra especie, y así la desigualdad de razas se reproduce en sus gobiernos despóticos ú oligárquicos. Allí los ciudadanos se dividen en esclavos y dueños. Nosotros y los nuestros, que somos hermanos y nacidos de una madre comun, no creemos ser, ni esclavos, ni dueños los unos de los otros. La igualdad de origen produce naturalmente la de la ley, y nos obliga á no reconocer entre nosotros otra superioridad que la de la virtud y de las luces.

Hé aquí por qué los progenitores de estos guerreros y los nuestros y los guerreros mismos, nacidos bajo tan feliz estrella y educados en el seno de la libertad, han hecho tantas buenas acciones públicas y particulares, con el solo objeto de servir á la humanidad. Creian deber combatir contra los griegos mismos por la libertad de una parte de la Grecia, y contra los bárbaros por la de la Grecia entera. Me falta tiempo para referir dignamente cómo rechazaron á Eumolpo y á las Amazonas desbordadas sobre

nuestras campiñas, y otras invasiones más antiguas; cómo socorrieron á los argivos contra los súbditos de Cadmo, y á los heráclidas contra los argivos.

Los cantos de los poetas han derramado en el mundo la gloria de estas expediciones, y si intentáramos nosotros celebrarlas en el lenguaje ordinario, probablemente no haríamos más que poner en evidencia nuestra inferioridad. Así no me detendré en estas acciones, que tienen ya su recompensa; pero hay otras que no han granjeado á ningun poeta una gloria que las iguale, y que están relegadas al olvido, y son las que creo deber recordar. Aquí vengo á celebrarlas yo mismo, é invito á los poetas á que las cānten en sus odas y demás composiciones de una manera digna de los que las han realizado.

Hé aquí el primero de estos hechos heróicos.

Cuando los persas, dueños del Asia, marchaban en son de querer esclavizar la Europa, nuestros padres, los hijos de esta tierra, los rechazaron. Es justo, es un deber nuestro, hacer de ello el primer recuerdo, y alabar por lo pronto el valor de estos héroes. Mas para apreciar bien su valor, trasportémonos con el pensamiento á la época en que toda el Asia obedecía ya á un tercer monarca. El primero, Ciro, despues de haber libertado con su genio á los persas, sus compatriotas, sojuzgó á los medos, que habian sido sus tiranos, y reinó sobre el resto del Asia hasta el Egipto. Su hijo sometió el Egipto y todas las partes del Africa en que pudo penetrar. Dario, el tercero, extendió los límites de su imperio hasta la Escitia, por las conquistas de su ejército de tierra y de sus flotas que le hicieron dueños del mar y de las islas. Nadie se atrevia á resistir, la esclavitud pesaba sobre las almas y el yugo de los persas se hacia sentir sobre las más poderosas y belicosas naciones. El mismo Dario, habiendo acusado á los eretrienses y á nosotros de haber tendido asechanzas á la ciudad de Sardes, tomó este pretexto para embarcar un ejército de quinientos mil solda-

dos en buques de transporte, acompañados de una flota de trescientas naves, y mandó á Datis, jefe de esta expedición, que no volviera sin llevar cautivos á los eretrienses y á los atenienses, respondiendo él con su cabeza del éxito del suceso. Datis se dirigió sobre Eretria, contra hombres que eran tenidos entónces por los más belicosos entre los griegos, y que formaban un número no escaso. Sin embargo, en tres dias los sojuzgó, y para que ninguno se escapara, hizo una esmerada batida en todo el país de la manera siguiente. Colocados sus soldados en los confines de la Eretria, se extendieron de mar á mar, y recorrieron todo el territorio, dándose la mano para poder decir al rey, que ni uno solo se habia escapado (1). Con el mismo propósito partieron de Eretria, y desembarcaron en Maraton, persuadidos de que les seria fácil reducir los atenienses á la misma suerte que los eretrienses, y llevarlos igualmente cautivos. Despues de la primera expedición y durante la segunda, ninguno de los pueblos griegos socorrió á los eretrienses ni á los atenienses, á excepcion de los lacedemonios, pero que llegaron al dia siguiente del combate. Todos los demás pueblos griegos, aterrorizados y no pensando más que en su seguridad presente, se mantuvieron en expectativa (2). Teniendo en cuenta todas estas circunstancias, es como puede graduarse el valor desplegado en Maraton por estos guerreros, que sostuvieron el ataque de los bárbaros, castigaron el insolente orgullo de toda el Asia, y, merced á estos primeros trofeos conseguidos sobre los bárbaros, enseñaron á los griegos que el poder de los persas no era invencible, y que no hay ni número de hombres, ni riqueza, que no cedán al valor. Así es que á estos héroes los miro, no sólo como autores de nues-

(1) Platon, lib. III de sus Leyes.

(2) Véase el libro III de las Leyes, donde Platon reprende la conducta de los de Argos.

tros días, sino como padres de nuestra libertad y de la de todos los griegos de este continente; porque echando una mirada sobre esta gloriosa jornada, es como los griegos, discípulos de los guerreros de Maraton, no temieron después combatir y defenderse.

A estos guerreros corresponde la primera palma; la segunda pertenece á los vencedores en las jornadas navales de Salamina y de Artemisa. Cuántos hechos gloriosos de estos hombres podrían referirse! cuántos peligros arrostraron por mar y tierra, saliendo siempre vencedores! pero me limitaré á recordar el más bello título de su gloria, que fué el complemento de la obra comenzada en Maraton. Los vencedores de Maraton enseñaron á los griegos, que un puñado de hombres libres basta para rechazar por tierra á una multitud de bárbaros, pero no estaba probado que fuera esto posible por mar, y los persas pasaban por invencibles en el mar por su multitud, sus riquezas, su habilidad y su valor. Merecen, pues, nuestros elogios estos bravos marineros que libraron á los griegos del terror que inspiraban las armadas persas, y consiguieron que sus buques fueran tan poco temibles como sus soldados. A los vencedores de Maraton y de Salamina deben los griegos el verse instruidos y acostumbrados á despreciar á los bárbaros por mar y tierra.

El tercer hecho de la independencia griega, en data y en valor, es la batalla de Platea, la primera cuya gloria fué comun á lacedemonios y atenienses. La coyuntura era crítica, el peligro inminente, y el triunfo completo. Tanto heroísmo merecen nuestros elogios y los de la posteridad.

Sin embargo, gran número de ciudades griegas estaban aún en poder de los bárbaros, y al mismo tiempo se anunciaba que el gran rey proyectaba una nueva expedición contra los griegos, y es justo recordar á los que dieron fin y cabo á lo que los primeros comenzaron y aseguraron nuestra libertad, purgando los mares de bárbaros. Esto

hicieron los que combatieron por mar á Eurimedon (1), desembarcaron en Chipre (2), pasaron á Egipto (3) y llevaron sus armas á otras muchas regiones. Recordemos tributando nuestro reconocimiento, que obligaron al gran rey á temer por sí mismo, y á pensar sólo en su propia seguridad, léjos de meditar ya en la conquista de la Grecia.

Esta guerra fué sostenida por Atenas con todas su fuerzas, y no sólo por ella, sino por todos los que hablaban la misma lengua; pero cuando despues de la paz se vió grande y respetada, experimentó la suerte de todo lo que prospera; primero despertó la envidia, bien pronto la envidia produjo el odio, y Atenas se vió precisada, á pesar suyo, á volver sus armas contra los griegos. Comenzada la guerra, combatió en Tanagra (4) contra los lacedemonios por la libertad de los beocios. Esta primera accion no tuvo resultado, pero una segunda fué decisiva, porque los demás aliados de los beocios los abandonaron y se retiraron, pero los nuestros, despues de haber vencido al tercer dia en Ænofito (5), restituyeron á su patria los beocios injustamente desterrados. Estos fueron los primeros atenienses, que, despues de la guerra pérsica, defendieron contra griegos la libertad de otros griegos, libertaron generosamente á los que socorrian, y fueron los primeros que con honor han sido depositados en este monumento en nombre de la república.

Entónces se encendió una terrible guerra; todos los griegos invadieron y arrasaron el Ática, y pagaron á Atenas con culpable ingratitud. Pero los nuestros los vencieron por mar. Los lacedemonios, que se habian puesto

(1) Tucídides. I, 100.

(2) Tucídides. I, 94.

(3) Tucídides. I, 104.

(4) Ciudad de Beocia.

(5) Otra ciudad de Beocia.

á la cabeza de sus enemigos, en lugar de exterminar á nuestros prisioneros en Sfagia, como hubieran podido hacerlo, los perdonaron, los entregaron y concluyeron la paz. Creían que á los bárbaros era preciso hacerles una guerra de exterminio, pero que tratándose de hombres de un origen comun, sólo debia combatirse por la victoria, porque nunca era justo, por el resentimiento particular de una ciudad, arruinar la Grecia entera. ; Honor á los valientes que sostuvieron esta guerra y descansan ahora en este monumento! Si alguno pudiera suponer que en la guerra contra los bárbaros hubo un pueblo más valiente ó más hábil que los atenienses, ellos han probado cuán falsa es esta suposicion. Lo han probado por su superioridad en los combates, en medio de las divisiones de la Grecia, puesto que triunfaron de los pueblos de más nombradía, y que vencieron con sus solas fuerzas á los mismos que habian concurrido con ellos para vencer á los bárbaros.

Despues de esta paz, una tercer guerra se encendió tan inesperada como terrible. Muchos buenos ciudadanos perecieron en ella, que descansan aquí, así como en Sicilia gran número de ellos, despues de haber conseguido en aquel punto muchos triunfos por la libertad de los leontinos que habian ido á socorrer en virtud de tratados. Pero lo largo del camino y el apuro en que entónces se hallaba Atenas, impidieron el socorrerlos, y, perdida por ellos toda esperanza, sucumbieron; pero sus enemigos se condujeron con ellos con más moderacion y generosidad que la que en muchas ocasiones habian mostrado los amigos (1). Muchos perecieron en los combates sobre el Helesponto, despues de haberse apoderado en un solo dia de toda la flota del enemigo, y despues de otras muchas victorias. Pero lo que tuvo de terrible y de inesperado esta guerra, como

(1) Tucídides, lib. VI y VII.

ya dije, fué el exceso de rivalidad que desplegaron los demás griegos contra Atenas. No se avergonzaron de implorar, por medio de embajadores, la alianza del gran rey, nuestro implacable enemigo, y de conducir ellos mismos contra griegos al bárbaro que nuestros esfuerzos comunes habia arrojado de aquí. En una palabra, no se avergonzaron de reunir todos los griegos y todos los bárbaros contra esta ciudad (1). Pero entónces fué cuando Atenas desplegó toda su fuerza y su valor. Se la creia ya perdida; nuestra flota estaba encerrada cerca de Mytilene (2); un socorro de sesenta naves llega; la tripulacion es lo más escogido de nuestros guerreros; baten al enemigo y libran á sus hermanos; mas, víctimas de una suerte injusta, fueron sumidos por las olas (3). Pero descansa aquí su memoria, como un objeto eterno de nuestros recuerdos y de nuestras alabanzas; porque su valor nos aseguró, no sólo el triunfo de esta jornada, sino tambien el de toda la guerra. Ellos han creado la idea de que nuestra ciudad jamás puede sucumbir, aunque todos los pueblos de la tierra se reúnan contra ella, y esta reputacion no ha sido vana, porque si hemos sucumbido ha sido por nuestras propias disensiones, pero jamás por las armas de los enemigos; áun hoy dia podemos despreciar sus esfuerzos; pero nos vemos vencidos y derrotados por nosotros mismos.

Aseguradas la paz y la tranquilidad exterior, nos entregamos á disensiones intestinas; y fueron tales, que si la discordia es una ley inevitable del destino, cualquiera debe desear para su país que no experimente semejantes turbaciones. ¡Con qué interés y con qué afecto

(1) Tucídides. VIII, 18.

(2) Ciudad de la isla de Lesbos.

(3) En los honores que se hacian á los guerreros muertos se llevaba una cama vacía que representaba los cuerpos que no habian sido encontrados.

cordial los ciudadanos del Pireo y los de la ciudad se reunieron para resistir el ataque de los demás griegos! ; Con qué moderacion cesaron las hostilidades contra los de Eleusis! No busquemos en otra parte la causa de todos estos sucesos sino en la mancomunidad de origen, que produce una amistad durable y fraternal, fundada en hechos y no en palabras. Es igualmente justo recordar la memoria de los que perecieron en esta guerra los unos á manos de los otros, y puesto que estamos reconciliados nosotros mismos, procuremos reconciliarlos igualmente en estas solemnidades, en cuanto de nosotros depende, con oraciones y sacrificios, dirigiendo nuestros votos á los que ahora les gobiernan; porque no fueron la maldad ni el odio lo que les puso en pugna, sino una fatalidad desgraciada, y nosotros somos una prueba de ello, nosotros que vivimos aún. Procedentes de su misma sangre, nos perdonamos recíprocamente, por lo que hemos hecho y por lo que hemos sufrido.

Restablecida la paz en todos rumbos, Atenas, perfectamente tranquila, perdonó á los bárbaros que no habian hecho más que aprovechar oportunamente la ocasion de vengarse de los males que ella les habia causado ; pero estaba profundamente resentida é indignada contra los griegos. Atenas recordaba con qué ingratitude habian pagado sus beneficios los que se unieron á los bárbaros, los que destruyeron los buques á que habian debido ántes su salvacion, los que derruyeron sus muros, cuando habia impedido ella la ruina de los suyos. Resolvió, pues, no consagrarse á la defensa de la libertad de los griegos, ni contra otros griegos, ni contra los bárbaros, y realizó su resolucion. Durante este acuerdo, los lacedemonios, creyendo á los atenienses, estos defensores de la libertad, como abatidos, juzgaron que ya nada les impedia esclavizar á toda la Grecia. Mas, ¿para qué contar los sucesos que sobrevinieron?; no son tan lejanos, ni pertene-

cen á otra generacion. Nosotros mismos hemos visto los primeros pueblos de la Grecia, los argivos, los boecios, los corintios, venir como aterrados é implorar el socorro de la república; y lo que es más maravilloso, hemos visto al gran rey reducido al punto de no poder esperar su salvacion sino de esta misma ciudad, para cuya destruccion habia trabajado tanto. Y ciertamente la única tacha merecida que se podria echar en cara á esta ciudad seria el haber sido siempre demasiado compasiva y demasiado llevada á socorrer al más débil. Entónces no supo resistir y perseverar en su resolucion de no socorrer nunca la libertad de los que la habian ultrajado. Se dejó vencer, suministró socorros y libró á los griegos de la servidumbre, y permanecieron libres hasta que ellos mismos se sometieron á la coyunda. En cuanto al rey, no se atrevió á socorrerle por respeto á los trofeos de Maraton, de Salamina y de Platea, pero, permitiendo á los expatriados y á los voluntarios entrar á su servicio, ella le salvó incontestablemente.

Despues de haber levantado sus murallas y reconstruido sus buques, Atenas, preparada de esta manera, aguardó la guerra, y cuando se vió precisada á hacerla, defendió á los parienses contra los lacedemonios. Pero el gran rey, comenzando á temer á Atenas desde que vió que Lacedemonia le cedió el imperio del mar, reclamó, como precio de los socorros que debia suministrar á nosotros y á los demás aliados, las ciudades griegas del continente de Asia, que los lacedemonios le habian en otro tiempo abandonado. Quería retirarse de la liga, y contando con una negativa, le servia de pretexto para conseguirlo. Los otros aliados engañaron su esperanza. Los argivos, los corintios, los boecios y los demás Estados comprendidos en la alianza, consintieron en entregarle los griegos del Asia por una suma de dinero, y se comprometieron á ello por la fe del juramento. Sólo nosotros no nos atrevimos á abandonar-

los ni á empeñar nuestra palabra; tan arraigada é inalterable es entre nosotros esta disposicion generosa que quiere la libertad y la justicia y este odio innato á los bárbaros, porque somos de un origen puramente griego y sin mezcla con ellos. Entre nosotros no hay nada de Pelope, ni de Cadmo, ni de Egipto, ni de Danao, ni de tantos otros verdaderos bárbaros de origen, y griegos solamente por la ley. La sangre pura griega corre por nuestras venas sin mezcla alguna de sangre bárbara, y de aquí el odio incorruptible que se inocular en las entrañas mismas de la república á todo lo que es extranjero. Nos vimos, pues, abandonados de nuevo por no haber querido cometer la accion vergonzosa é impía de entregar griegos á los bárbaros. Pero, aunque reducidos al mismo estado que en otro tiempo nos habia sido funesto, con la ayuda de los dioses la guerra se terminó esta vez más felizmente, porque al ajuste de la paz nosotros conservábamos nuestros buques, nuestros muros y nuestras colonias; tan ansioso estaba el enemigo de que terminara la guerra (1). Sin embargo, esta lucha nos privó aún de bravos soldados, ya en Corinto por la desventaja de lugar, ya en Lequea por traicion. Tan valientes eran como los que libertaron al rey de Persia y arrojaron á los lacedemonios del mar. Os hago este recuerdo y debeis unir vuestros votos á los míos, para alabar y celebrar á estos excelentes ciudadanos.

Os he trazado las acciones de los que aquí reposan y de todos los que han muerto por la patria. Acciones tan numerosas como magníficas en medio de que no he hecho mencion de muchas más brillantes, porque no bastarian muchas noches y muchos dias para referirlas todas. Que

(1) La paz de Antalcide tuvo lugar tres años despues de la muerte de Sócrates. Este anacronismo no prueba nada contra la autoridad del *Menexenos*, porque, segun Cousin, se encuentran otros en diálogos incontestablemente auténticos.

todos los ciudadanos, henchida su alma de tan grandiosos hechos, exhorten á los descendientes de estos valientes, como pudieran hacerlo en un dia de batalla, para no desmerecer de sus mayores, ni retroceder, ni echar el pié atrás cobarde y vergonzosamente. Hijos de estos hombres bravos, yo os exhorto en este dia, y donde quiera que me encontrare os exhortaré y os excitaré, á fin de que desplegueis todos vuestros esfuerzos para que llegueis á toda la altura á que podeis llegar. Por ahora, debo repetiros lo que vuestros padres, en el momento de entrar en accion, nos han encargado referir á sus hijos, si les sucediese alguna desgracia. Os diré lo que les he oido, y lo que no dejarian ellos de deciros si pudiesen, y lo creo así por los discursos que entónces pronunciaban. Suponed que oís de su propia boca lo que yo os digo. Hé aquí sus palabras.

Hijos, cuanto os rodea está diciendo la noble sangre de que procedeis. Pudimos vivir sin honor, pero hemos preferido una muerte honrosa ántes que condenar á la infamia vuestros nombres y nuestra posteridad, y cubrir de vergüenza á nuestros padres y á nuestros mayores. Hemos creído que el que deshonra á los suyos no merece vivir, ni puede ser amado por los dioses, ni por los hombres, ni en este mundo, ni en el otro. Recordad siempre nuestras palabras, y no emprendais nada sin que tengais de vuestra parte la virtud, persuadidos de que sin ella todo lo que se adquiere, todo lo que se sabe, se convierte en mal é ignominia. Las riquezas no dan lustre á la vida de un hombre sin valor; es rico para los demás, pero no para sí mismo. La fuerza y la belleza del cuerpo no tienen ningun mérito en el hombre tímido y sin corazon; son prendas impropias que le ponen más en evidencia, y ponen más en claro su cobardía. El talento mismo, separado de la justicia y de la virtud, no es más que una despreciable habilidad y no la sabiduría. Que la herencia de honor que

os dejamos nosotros y vuestros abuelos, sea objeto de vuestros primeros y últimos cuidados, y procureis acrecentarla, porque de lo contrario, si os excedemos en virtud, esta victoria será un baldon vuestro, mientras que la derrota sería nuestra felicidad. Hé aquí cómo podreis sobrepujarnos y vencernos; no abuseis de la gloria de vuestros padres, no la disipeis, y sabed que nada es más vergonzoso para un hombre, que tiene alguna idea de sí mismo, que presentar como un título á la estimacion, no sus propios méritos, sino la nombradía de sus abuelos. La gloria de los padres es sin duda para sus descendientes el más bello, el más precioso tesoro, pero gozar de ella sin poder trasmitirla á sus hijos, y sin haberle añadido nada por sí mismo, es el colmo de la abyeccion. Si seguís mis consejos, cuando el destino haya marcado vuestro fin, vendreis á uniros con nosotros, y os recibiremos como los amigos reciben á sus amigos; pero si los despreciais, si habeis degenerado, no espereis de nosotros buena acogida. Hé aquí lo que tenemos que decir á nuestros hijos.

En cuanto á nuestros padres y á nuestras madres es preciso exhortarlos incesantemente á soportar con paciencia cuantos acontecimientos sobrevengan, y no compartir sus lamentos. Bátales su desgracia, sin necesidad de provocar más su dolor. Para curar y calmar sus pesares, es preciso recordarles más bien, que de todos los votos que dirigian á los dioses han visto cumplido el más caro y precioso, porque no pedian hijos inmortales, sino hijos célebres y bravos; y esta peticion, que es un bien verdadero, la han visto realizada. Que se les recuerde igualmente, cuán difícil es que durante la vida salgan al hombre las cosas á medida de su deseo. Si soportan con valor su desgracia, harán conocer que son padres dignos de hijos valientes, y que no les ceden en valor; pero si se amilanan, harán dudar si verdaderamente fueron nuestros padres, ó si las alabanzas que se nos pro-

digan son verdaderas. Léjos de esto, á ellos es á quienes corresponde encargarse de nuestro elogio, haciendo ver con su conducta, que valientes ellos, han engendrado hijos valientes. Ha pasado siempre por precepto de la sabiduría este antiguo dicho: *nada en demasia*; y en verdad es una palabra llena de sentido. El hombre que saca de sí mismo todo lo que conduce á la felicidad ó que por lo ménos se aproxima á ella, que no hace depender su suerte de los demás hombres, y que no pone su destino á merced de su buena ó mala estrella; el que llena todas estas condiciones tiene perfectamente arreglada su vida, es un sabio, es un modelo de hombre firme y prudente. Que la suerte le dé riquezas é hijos ó que se las quite, poco importa; siga el sabio el precepto mencionado y el exceso de alegría y el exceso de pesar le serán igualmente extraños, porque sólo en sí mismo tendrá confianza. Tales creemos que son nuestros padres; tales queremos y pretendemos que lo sean; tales nos los representamos en nosotros mismos, sin pesar, sin terror, porque se haya de abandonar la vida desde este mismo momento, si es preciso. Suplicamos, pues, á nuestros padres y á nuestras madres, que acaben de tan digna manera el resto de sus dias. Que tengan entendido, que ni con gemidos, ni con gritos, probarán su terneza, y que si despues de la muerte queda algun sentimiento de lo que pasa entre los vivos, el mayor disgusto que nos podrian causar seria el que se atormentasen y se dejasen abatir, porque nosotros gustariamos más de verlos tranquilos, moderados y dignos. En efecto, la muerte que experimentamos es, la mejor á que pueden aspirar los hombres, y léjos de quejarnos, es preciso que nos felicitemos de ello. Que cuiden á nuestras mujeres y á nuestros hijos, que los asistan, y que se consagren por entero á llenar este deber! Por este medio verán borrarse poco á poco el recuerdo de su infortunio, su vida será más virtuosa y más digna, y para nos-

otros más agradable. Hé aquí lo que por nuestra parte tenemos que decir á nuestros padres.

Tambien dirigiríamos una enérgica recomendacion á la república, para que se encargue de nuestros padres y de nuestros hijos, dando á los unos una educacion virtuosa, y sosteniendo á los otros en su ancianidad, si bien sabemos que sin ser solicitada por nuestras súplicas, se encargará ella de este cuidado, cual conviene á su generosidad.

Padres é hijos de estos muertos, hé aquí lo que nos encargaron que os dijéramos, y que yo os digo con toda la energía de que soy capaz. Os conjuro en su nombre á vosotros, hijos, á imitar á vuestros padres; y á vosotros, padres, á sufrir con resignacion vuestra suerte, seguros de que la solicitud pública y privada sostendrá y cuidará vuestra ancianidad, y no os faltará á ninguno de vosotros. En cuanto á la república, no ignorais el punto á que en esta materia lleva sus cuidados. Ella ha hecho leyes de proteccion á favor de los hijos y de los padres de los que mueren en la guerra. Ha encargado particularmente al primer magistrado que vigile para que sus padres y sus madres no sufran ninguna injusticia. Respecto á los hijos, los educa en comun á sus expensas y hace todo lo posible para que olviden su cualidad de huérfanos. Mientras están en la menor edad, la república les sirve de padre; llegados á la mayor edad los restituye á sus hogares con una armadura completa para recordarles con estos instrumentos á la vista el valor paterno, los deberes del padre de familia, y al mismo tiempo para que esta primera entrada del jóven armado en el hogar doméstico sea un presagio favorable de la autoridad enérgica que habrá de ejercer allí. Con respecto á los muertos, la república no cesa jamás de honrarlos; tributa cada año en nombre del Estado los mismos honores que cada familia rinde á los suyos respectivos en el interior de su casa. A esto añade ella los juegos gimnásticos y ecuestres, y los combates en

todos los géneros de música; y, en una palabra, hace todo cuanto hay que hacer por todos y por siempre; ocupa el lugar del heredero y del hijo para los padres que han perdido sus hijos; de padre para los huérfanos; de tutor para los parientes y personas aproximadas. La idea de veros libres de todos estos cuidados debe haceros soportar con más resignacion la desgracia, y de esta manera aparecereis más aceptables á los vivos y á los muertos, y se harán más asequibles vuestros deberes y los de los demás.

Ahora que habeis tributado á los muertos el homenaje de un duelo público prescrito por la ley, marchad todos los presentes, porque es llegado el momento de retiraros.

Hé aquí, Menexenes, la oracion fúnebre de Aspasia de Mileto.

MENEXENES.

¡Por Júpiter!, Sócrates, bien afortunada es tu Aspasia, si en su calidad de mujer es capaz de componer discursos semejantes.

SÓCRATES.

¿No me crees? No tienes más que seguirme y la oirás hablar á ella misma.

MENEXENES.

Más de una vez he encontrado á Aspasia y sé de lo que es capaz.

SÓCRATES.

¡Y bien! ¿es que no la admiras ni te muestras agradecido á ella por este discurso?

MENEXENES.

Estoy infinitamente agradecido, Sócrates, por este discurso á aquella ó á aquel, sea el que sea, que te lo ha referido; pero estoy aún más agradecido al que acaba de pronunciarle.

SÓCRATES.

Muy bien. Pero supongo que no me denunciarás, si

quiero referirte otros muchos bellos discursos sobre objetos políticos, compuestos por ella.

MENEXENES.

Vive tranquilo, no te denunciaré; pero no dejes de referírmelos.

SÓCRATES.

Cumpliré mi palabra.